

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día sétimo.
Y bendijo el día sétimo, y santificolo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

Dominica 3.^a despues de Pentecostés.

*Et murmurabant Pharisæi et Scribæ dicentes:
Quia hic peccatores recipit et manducat cum illis.*

Luc. XV, 2.

Y los Fariseos y Escribas murmuraban diciendo: Este recibe pecadores y come con ellos.

Vino del cielo un médico afamado, dice San Agustín, porque habia en la tierra un gran enfermo. El género humano era este gran enfermo, y no habia en la tierra médicos ni medicinas, capaces de curar sus gravísimas dolencias. Pero cuando los tiempos estuvieron llenos de esperanzas y desengaños, cuando la razón humana se convenció de su impotencia, y tras cuarenta siglos de inútiles ensayos declaró por medio de sus más ilustres representantes la necesidad im-

periosa y apremiante de un maestro celestial que enseñase á la humanidad los caminos de la salud y las fuentes de la vida, vino del cielo, enviado por su eterno Padre el Verbo, el Unigénito, Jesucristo, el Dios-Hombre, médico sapientísimo, lleno de gracia y de verdad, poderoso en obras y palabras, autor y dueño de medicinas tan milagrosas que tienen virtud de dar vista á los ciegos, oído á los sordos, agilidad á los tullidos, salud a los enfermos de espíritu, vida, robustéz, y dichas eternas á las víctimas del pecado, de la miseria y del infortunio.

A los vicios que degradan nuestro espíritu y envenenan nuestra vida, opone con arte maravilloso y aplica con éxito admirable las virtudes contrarias, la humildad á la soberbia, la largueza á la

avaricia, la castidad á la lujuria, á la ira la mansedumbre, á la gula la templanza, á la envidia la caridad, y á la pereza la diligencia.

Tócanos hoy la grata y fecunda tarea de oponer á la deformidad, á la hediondez y á los extragos de la envidia la hermosura por todo extremo arrebatadora, los dulces atractivos y maravillosos efectos de la caridad.

La caridad en cuanto se opone á la envidia es un deber cristiano, una necesidad social, y una condicion indispensable para merecer la corona de la gloria.

Amáos los unos á los otros, dice Jesucristo, como yo os he amado. Este es mi mandato, esta es mi ley, el mandamiento nuevo que renovará los corazones, la ley que os dará á conocer como discípulos de mi doctrina, como hijos de mi corazón y herederos de las riquezas de mi gloria. Si os alegráis del mal ajeno y miráis con ojos de envidia el bien de vuestro prójimo deshonráis el nombre cristiano, perdeís el derecho á la gloria y os hacéis reos de toda la ley cristiana, porque *toda la ley está encerrada en este solo precepto*: Amarás al prójimo como á ti mismo (1). Amáos sin

(1) Ad Galath. V.

emulacion, aborreced el mal, desead el bien, (1), y seguid los dulces atractivos de la caridad fraternal.

El que no ama á su hermano á quien ve de cerca y con claridad ¿cómo amará á Dios á quien solo ve como por enigmas y en el espejo de las criaturas (2)? El que ama á su hermano, es hijo de Dios (3). El que le aborrece á impulso de la envidia, tiene por padre al demonio. *Vos ex patre diabolo estis*. Los fariseos y escribas perseguían al Salvador por envidia de sus milagros y virtudes. Porque conversaba con los pecadores y comía con ellos, para sanarlos y convertirlos, murmuraban de él y decían al pueblo: Si este fuera un profeta y un hombre justo como vosotros creéis, no conversaría con los pecadores ni comería con ellos. Y Jesús les respondía: vosotros teneis por padre al diablo, por cuya envidia entró la muerte en el mundo. No he venido á llamar á los justos sino á los pecadores. Los sanos no han menester de médico ni de medicinas.

Y hablando á sus discípulos de todos los tiempos, de toda edad y condicion les decía: En esto se

(1) Ad Rom. XII.

(2) 1.ª Joan. IV.

(3) Ibid.

conocerá si sois mis discípulos; en el amor que os tengais los unos á los otros. La caridad y la envidia son incompatibles, porque la envidia es el diablo y Dios es caridad. *Deus charitas est.*

Con la caridad, dice S. Agustín, el pobre es rico, con la envidia el rico es pobre. La caridad aleja de nosotros todos los males y nos colma de todos los bienes; nos hace sufridos en la adversidad, moderados en la prosperidad, fuertes en los trabajos y alegres en las contradicciones. ¿Qué mas diré de la caridad? Ella es la virtud de toda la filosofía, el fundamento de toda la ciencia, el fruto de la fé, el alimento de la esperanza, la librea de los cristianos, la gloria de los ricos, la riqueza de los pobres, y la vida de los que mueren en los dulcísimos brazos de esta reina graciosa de todas las virtudes (1).

Dulcísimo y suavísimo manjar es la caridad que nos alivia en nuestras penas, nos alegra en nuestras tristezas, nos alienta en nuestros desmayos, nos fortifica en nuestras debilidades, y nos embriaga con el torrente de sus divinos consuelos. Así se expresa el Doctor melífero. San Gregorio explica el orden de la caridad,

diciendo que debemos amar á los amigos para Dios y á los enemigos por Dios. Si teneis la luz de la verdadera fé, si sois verdaderos cristianos ¿cómo podeis abrigar en vuestro pecho esa vibora de la envidia que os impulsa á condenar lo que Dios hace, á detestar lo que él ama y á entristeceros por lo que mas le glorifica en los cielos y en la tierra? Todos los hombres son hechura suya. Por ventura, dice Malaquías (1), ¿no hemos sido creados por un mismo Dios? ¿No somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos? ¿No son suyos todos los dones que resplandecen en sus criaturas? ¿Por qué desprecias los dones de Dios? Porque no amas á Dios ni á tus prójimos por Dios. La envidia te ciega, y no ves el pecado que cometes y los males que esa nube maligna descarga sobre tu cabeza.

Pero no olvideis que todos somos hermanos, hermanos como hombres y hermanos como católicos. En cuanto hombres, dice San Agustín, tenemos un mismo padre que es Adán y una misma madre que se llama Eva. En cuanto cristianos tenemos un mismo Padre que es Dios y una misma madre que es la Iglesia,

(1) Ad Heremitas.

(1) Malach. II.

y una misma fé, y una misma esperanza, y un mismo destino, y un mismo Redentor, que nos reúne al pié de su Cruz y nos hace formar una misma familia y sentar á la misma mesa alimentándonos en la tierra con su misma carne y prometiéndonos la posesion de todas sus riquezas en el reino de los cielos. Si, pues, el prójimo es nuestro hermano, ¿podemos odiarle sin violar la ley de la misma naturaleza? ¿Podemos desear su ruina sin deshonorar nuestro nombre de cristianos? ¿Podemos perseguirle con lamurmuracion, con la detraccion y la calumnia sin provocar la ira de Dios que le ha criado, de Jesucristo que le ha redimido y del Espíritu Santo que ha puesto en sus dones, sus frutos y bienaventuranzas? En esto se conocerá á los verdaderos cristianos; en el amor que se tengan los unos á los otros. Y en esto se conocerá el amor de fraternidad, en que veamos con alegría la dicha de nuestros hermanos y con tristeza y pesadumbres sus miserias y desventuras.

Amandonos los unos á los otros con amor de verdadera fraternidad, no solo cumplimos un deber cristiano, sino que contribuimos á la dicha social y procuramos nuestra salvacion eterna.

La sociedad en que vivimos es un cuerpo cuyos miembros deben estar unidos con los vinculos de una misma fé, de una misma esperanza, de unos mismos intereses y de un mismo fin, que no puede ser otro que la dicha posible en esta vida y la eterna bienaventuranza en el seno de Dios. Hé aqui como expone el Apóstol la teoria social cristiana cuya verdad belleza y fecundidad han sido la admiracion de los sábios, y harian de la sociedad de la tierra una antesala del cielo. La ley de Cristo ha hecho de los hombres que andaban dispersos una sola familia, un solo cuerpo. Muchos son los miembros pero el cuerpo es uno. La belleza, robustez y lozania de este cuerpo consiste en que se conserve la unidad en la variedad. *Multi unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra* (1). Asi como un miembro compadece al otro miembro y le ama, y se ayudan los unos á los otros, y el pié no tiene envidia al brazo, ni el brazo á la cabeza, asi nosotros debemos amarnos mutuamente, y compadecernos y respetarnos, y entristecernos con el triste y alegrarnos con el bien ageno. La fé que une

(1) Ad. Rom. XII.

los entendimientos y la caridad que une las voluntades son los elementos más necesarios para constituir la sociedad humana y las únicas fuentes puras, permanentes é inagotables de la felicidad social. Quitad estas dos bases sobre las cuales descansa el edificio social, y no quedará piedra sobre piedra. Si falta la fé, es inevitable la ausencia de la caridad, y donde falta la caridad, se entróniza la envidia, donde reina la envidia, se encienden los ódios, los rencores, las venganzas, las calumnias, las injusticias, los desafueros, y todas las vergüenzas y todas las desgracias, engendradas *por esta fiera pésima* que todo lo devora.

Amáos, pues, los unos á los otros, y habreis cumplido el primero de los deberes cristianos, contribuyendo por vuestra parte al bien de la sociedad que no puede ser feliz sin la union de todos los corazones en el seno de la caridad. Arrojad de vuestro pecho la envidia que endurece el corazon, que lo degrada, lo cierra lo hace malo y desdichado. El envidioso no ama á Dios porque no ama á su prójimo. Y está escrito que permanece en la muerte, que morirá eternamente el que no ama á Dios y al prójimo en Dios, por Dios y para Dios.

¿Cómo ha de salvarse el envidioso, sino hace penitencia antes de morir, sabiendo que la envidia es un pecado diabólico, condenado por Dios á las penas del infierno? ¿Cómo ha de entrar en el cielo la envidia que perdió á los ángeles y los convirtió en demonios, que arrojó á nuestros padres del paraíso, que cerró las puertas del cielo á toda la humanidad, que hizo de Cain un patriarca, que vendió á José, y envileció á Saul, y crucificó al Hijo de Dios? Sólo el amor fraternal, hijo del amor de Dios, entrará en el reino glorioso de los cielos. Sed vosotros activos, diligentes, celosos de la gloria de Dios y amantes de vuestros hermanos, y alcanzareis los premios eternos, reservados á la caridad, Amen.

PENSAMIENTOS:

—
La vanidad es hija legítima y necesaria de la ignorancia; el hombre vano es un ciego que no sabe verse á sí mismo.—*Joung*.

—
El que se conoce bien á sí mismo se tiene por vil y despreciable y no se deleita en las alabanzas humanas.—*Kempis*.

—
La vanidad es el amor propio al descubierto; la modestia es el amor propio que se esconde.—*Fontenelle*.

Nada hay tan orgulloso como la afabilidad del orgullo.—*De la Boisse.*

Una onza de vanidad hecha á perder un quintal de mérito.—*Segur.*

Las dignidades no son otra cosa que algunas sílabas mas para un epítafio.—*Clemente XIV.*

En una reunion, donde la generabilidad de concurrentes sea morigerada se mantienen en la línea del deber hasta los libertinos; en otra, donde campee la licencia, llegan á permitirse ciertas libertades hasta los severos de costumbres.

La sociedad en que vivimos es una gran reunion; si sabemos que dominan en ella principios de moral y de justicia, consideremonos rodeados por todas partes de jueces, y estos nos detendrán en el mal camino; si nos prometemos indulgencia de la sociedad, el vicio no nos parecerá tan feo ni el crimen tan detestable, ni la corrupcion tan asquerosa.

UNA VISITA DEVUELTA.

I.

El pésame.

Bella se levantaba cobijada por su cielo siempre azul y bañada por las ondas del Mediterráneo, que la besan y acarician continuamente orlando su playa de blanca espuma, la romana Barcino; sus casas se encaramaban por la cima del monte Taver llegando hasta el borde de las salobres aguas

que sirven de espejo á la noble ciudad de Amílcar admirándose de reflejar tanta belleza.

La ciudad que amenazaba ya con ser una rival de la antigua Tárraco, capital de la mayor parte de Iberia, se extendia desde el Rubricato, que fertilizaba su vega hasta las montañas que, semejantes á un grande anfiteatro, la cobijan. En lugar de estar las casas unidas unas á otras, como las de las orillas del mar y las del monte Taver, las cuales estaban rodeadas de murallas ciclópeas y romanas, sus suburbios eran formados por marmóreas villas rodeadas de bellos jardines ó bosquecillos de naranjos, olivos y limoneros, cuyos frutos de oro mezclados con el azahar embalsamaban el ambiente haciendo de aquella region, adornada por verde alfombra, un verdadero Eden.

Tal era la colonia romana conocida por los nombres de Julia, Augusta, Letania, ó Guvencia.

Era la mas bella perla de la corona de Tiberio, el emperador que se sentaba en el solio de los Césares ó dueños del mundo entero, en la Roma pagana.

Frecuentaban el puerto de Barcino las naves de todos los países, las de Iberia con sus áncoras y cadenas de plata, las latinas con sus velas puntiagudas, las fenecias con sus remos, las griegas con su velamen teñido de púrpura, las del Oriente cargadas de olorosas gomas, y las del Norte llenas de preciosas y raras pieles de animales feroces, que servian de alfombras

ó cobertores de los lechos de los nobles laletanos.

Entre estas naves las había procedentes del Oriente y de las playas de la Palestina ó el país de la Judea. Los que venían de allí contaban á los habitantes de Barcino cosas raras relativas á un hombre extraordinario que apareciera en Israel, en la ciudad de Salomon llamada Jerusalem.

El hombre, del cual se contaban cosas estupendas era un jóven de humilde esfera, pero descendiente de la sangre de David.

Era, según decían, el más bello entre los hijos de los hombres. Mandaba á la muerte la que restituía su presa, y no había dolencia que no curara.

Su elocuencia era tanta, que con su simple palabra dejaba muy atrás á los mismos sábios del Areópago de Atenas, y tanto en Grecia como en Roma, se comentaba la rara sabiduría y los hechos extraordinarios de Jesús de Nazaret.

Los sábios de Barcino estaban admirados de lo que oían á los caminantes del Oriente, y decían: Si es así como vosotros aseguráis ese hombre es un Dios y convendrá levantarle altares do podamos ofrecerle sacrificios (1).

(1) En la antigua Barcino hubo un día sin sol, lleno de tristeza y dolor, nadie acertaba á explicarse el estado de sus corazones pero sentían congoja en sus almas. Por la tarde de aquel silencioso día el disco plateado del sol enrojeció las estrellas que brillaban un tanto á causa de la poca luz del austro diurno al través del firmamento

Una nave venida de Palestina, arribada al puerto de Barcino ¡anunciaba que aquel hombre portentoso, aquel célebre Isrealita, aquel Jesús de Nazaret, cuyos hechos y cuya doctrina asombraba al mundo entero, había sido vilmente crucificado por los de su pueblo mismo, en pago de los beneficios que les dispensara.

Los moradores de Barcino al oír esto, indignados movieron la cabeza en señal de desprecio y dijeron:

—Únicamente el degradado pueblo hebreo, podía hacer una cosa semejante. Bueno será que vayan allí los romanos y exterminen á aquella mala raza, baldon del mundo entero; y reuniéndose en consejo los sábios y magnates ó patricios de Barcino, interrogaron á los de la nave y les preguntaron si aquel hombre extraordinario á quien los judíos acababan de matar tan vilmente, tenía mujer ó hijos ó alguno de su familia.

—Era virgen, contestaron los de la nave, y el más puro entre los hombres.

oscilaron, la tierra se conmovió fuertemente y los Iberos asustados, en vano conjuraban á sus dioses falsos; las tinieblas venían sobre el pueblo pecador.

Poco tiempo después circuló por la ciudad laletana una triste nueva, que nadie creyó en un principio, pero que luego se confirmó llevando á su pensamiento el recuerdo de aquel día sin sol, de aquella tarde tenebrosa, de aquellas congojas inexplicables cuya causa no acertaron á descubrir los sábios paganos, ni los sacerdotes de los ídolos.

Solo de él ha quedado su triste Madre, la mejor de las matronas de Israel.

—Pues á ella nos dirigiremos, repusieron los sábios y nobles de Barcino, y es preciso mandar una embajada para dar el pésame á esa noble matrona, y así lo hicieron.

Cuando la nave regresó á Palestina, llevaba consigo á dos de los primeros patricios de Barcino, que iban á Jerusalem en nombre de la Augusta Ciudad, á dar el pésame á María, á la Madre de Jesús de Nazaret por la muerte de su hijo.

Las crónicas de este suceso no nos dicen lo que allí sucedió; pero sí que la Virgen María recibió agradecida la visita de pésame que le envió Barcino, y como que nadie es mas digno de reconocimiento que AQUEL que nos consuela en nuestras aflicciones, María recordó eternamente la atención de nuestra ciudad hácia á ella, por mas que, cuando llegaron los patricios, ya la Santísima Virgen estaba llena de gozo por la resurrección de su hijo.

(Se continuará.)

VARIETADES.

Hablaba un dia cierto religioso de un sacrificio que le habian exigido, y que le habia costado mucho.

—V. se quejaria ¿no es verdad?

—¿Cómo me iba yo á quejar? respondió.

Mi superior, conociendo la repugnancia que habia yo de experimentar, escogió para pedirmelo, precisamente

el momento en que acababa de recibir la Sagrada Comunión.

¿Se puede decir no á una cosa justa cuando se tiene á Jesús en el corazón?

Dice el P. Cardaveraz en una suya al P. Loyola.

«El Señor me manda que le vaya á contar todo al P. Calatayud con mucha sinceridad, y si no que incurriré en su desagrado. Yo voy á veces como con cadenas; y si no voy primero á animarme con el Santísimo, no tengo valor ni modo.

Muchas veces se me ha aparecido el Redentor mostrándome su divino Corazón como consumido con la sed ardentísima correspondiente á su amor, y con unas ansias que le oprimen de muerte por comunicarse mas y mas á nuestros corazones: y de esta sed, que no se puede saciar sino con el reconocimiento agradecido y amor de los nuestros, y de ver la sequedad y dureza insensible de parte de los hombres, le resultan aquellas penas y congojas que forman un mar amargo y triste de sus crueles tormentos. Da voces su corazón afligidísimo, como que gime entre los deseos, amor y dolor; pero no son oídas estas voces, gemidos y suspiros, de los oídos de los mundanos. Pero, ni por eso se entibia su amor un punto, antes parece que crece mas, ó á lo menos mas se muestra hácia fuera.

(P. Agustín Cardaveraz.)